



El ministro de Turismo Sr. Fraga Iribarne, dedicando unos libros a D. Miguel Mateu, en la Biblioteca del Palacio de Peralada.

MIGUEL MATEU

cuando el
periodismo
no es oficio

por Luis de ARMIÑAN

Hay un periodismo del que bien hablaron los que fueron. El tiempo se divide en sus tres períodos: el ayer, amplio, historia, ejemplo; el hoy, breve, fugaz, titubeante y difuso, y el mañana, más profundo que el inicial y del que los que profetizan son los más equivocados. Entre el ayer y el hoy, vivió su periodismo don Miguel Mateu, al que desde ahora suprimimos títulos, por que el periodista no es ya ni ilustre, por desgaste del adjetivo, aplicado sin tasa para dar apariencia o buscar gratitudes.

El viejo periodismo tenía una fuerte sustancia: el desprendimiento. Se era periodista por afición, por llegar a la «letra de imprenta», en ayuda de nombre y camino de la política. Uno de mis maestros, muy dentro del siglo XIX, decía que el periodismo era un camino para pasar, no un sitio para quedarse. Había, y ello es de todas las profesiones, periodistas por el cuscuro y quienes le utilizaban como plataforma de

rencores. Relieves inevitables, ya que la profesión se tinte de ecos y popularidad. El periodista en tiempos, iba al periódico por que tenía que decir algo, por un desbordamiento de ideas o una marea incontenible de razones.

Nombres hay que sirven de ejemplo: desde Sagasta a Moya y por Burrell, a Romeu. Era un periodismo de artículo de fondo, de aquella columna primera sobre la izquierda de la página inicial, que a veces la cubría toda. El lector esperaba aquel montón de líneas que servirían para regalarle las ideas del día: el político con ellas destruía un Gobierno. La intención se afilaba en la punta de una espada o el plomo de una pistola en lance de caballeros. La parte mecánica del periódico la hacían asalariados jóvenes, llegados de la Universidad o de la provincia; futuros que a veces se quedaban en sombras de sainete.

Luego, en nuestro hoy, el periodismo se hizo profesión ya con licenciatura y no sé si doctorado, en título marcable. No es periodista el que cursa una carrera por muchos sobresalientes y matriculas de honor que le concedan. Mañana el periodismo volverá a su viejo cauce si quiere persistir. Hablado o escrito, no es periodista el que quiere. La noticia escueta al modo norteamericano es audacia, velocidad y manejo de elementos técnicos. El periodista fue el que con dos líneas telegráficas hacía un relato ameno y veraz y lo será siempre el que con sentido periodístico, que es llaneza en el decir y talento en el saber, dá importancia y volumen a la noticia, la comenta, la desmenuza, tritura o exalta.

Finalmente, el periódico no puede ser en su ejemplar, una perfecta muestra de cosas que tienen cada una su lugar y que se alcanzan como el empleado de una droguería coje lo que solicita el cliente. Sin sangre en la tinta y sin nervio en las palabras, el periódico es un producto insípido que sirve para que el hombre apresurado sepa lo que le interesa. Y luego lo utiliza para usos ajenos: papel.

Miguel Mateu llegó al periodismo desde la lección de un ayer aromatizado por D. Damián, que no era periodista y puede ser que jamás publicara una línea de su mano. D. Damián en una Barcelona que se catalanizaba más cada día, vio peligros que le llevaron al periodismo por patriótico desprendimiento. Algunos pueden recordar la figura de aquel hombre que, amigo del Rey, nunca aceptó más que la amistad de Alfonso XIII.

Otros, ya muchos más, tendrán en su memoria la caída del «Diario de Barcelona», disminuido al provocarse un cisma inolvidable en la historia del periodismo barcelonés. La mano poderosa de D. Damián, sostuvo al decano, viejo ejemplo en Europa. Un periódico que no debe morir nunca y al que en casos difíciles deben

acudir los que pueden. No hay honor más alto que ser Barcelona cuna de un periódico que maneja los años por centenas y se apunta ya el tercer siglo en su esfuerzo diario.

Llegó la guerra, con Miguel Mateu en su milagro de supervivencia. Los redactores del «Diario» se esparcieron. Unos fueron soldados, otros mártires. El periódico salvaba del terremoto su prestigio con sacrificio. Y terminado el trance, allí estaba Miguel Mateu. No hay que escribir en este momento el nombre del que fuera Director del periódico, ni el de quien vino después. Ellos dieron trabajo, técnica, entusiasmo; Miguel Mateu — de él tratamos ahora — cuanto tenía material y espiritualmente. Ellos, los tres, hicieron que el viejo periódico cobrara lozanía y fuera y sea uno de los instrumentos sonoros de la gran orquesta periodística nacional. A Miguel Mateu se le debe.

Un periódico no llega al éxito sólo con dinero. Necesita millones, muchos millones de pesetas para renacer cada día, pero no todo son edificios, oficinas, talleres y máquinas. La Administración vive de la Redacción, sin la que no es nada. La Redacción de quien la inspira.

Reproducción de un artículo de don Miguel Mateu, publicado en el "Diario de Barcelona", el 29-XI-1969.

MI HOMENAJE A GERONA

Por Miguel Mateu Pla

UNA de las mayores satisfacciones que la Providencia me ha concedido, es la de haber podido conocer íntimamente, a través de muchos años de estrecho contacto con ella, la provincia de Gerona, fiador de Cataluña. Innumerables y profundos son los afectos e intereses que me unen con ella, y por esta razón he considerado atrevido a Gerona, y de una manera peculiar a las tierras del Ampurdán y la zona costera de Rosas, como el segundo patrio clica, a la que van mis mejores pensamientos y mis constantes afanos.

La provincia gerundense, cuna, en cierto modo de la personalidad catalana, con sus tradiciones, su folklore, sus casas nobiliarias y sus monumentos románicos y góticos, ha dado una importantísima contribución a la historia regional en todos los órdenes. Pero igualmente importante es en el aspecto económico, ya que a su férax agricultura se añade una importante explotación y una riquísima ganadería que no trae en gran parte la despensa regional. Subrayemos la importancia de su zona marítima, con sus relativamente importantes pesques y el suyo experimentado por el turismo en los últimos años, aspecto éste que en cierto modo viene a compensar el vacío cruzado por la amputación de la otrora floreciente industria carbolesiderúrgica, así como aquella otra no tan importante pero de gran alcance, que fue la construcción de embarcaciones.

Por lo que respecta al turismo, Gerona y su provincia han sido adelantadas en todo el ámbito nacional, en una proporción muy considerable, siendo la Costa-Brava con sus calas y pueblitos, sus pineros besando al mar, la motivación más segura para la creación de una corriente universal de interés y de afecto hacia nuestros lugares. Por esta razón la Costa Brava y sus zonas más o menos próximas han de mantenerse de continuo, por parte de los poderes públicos, e incluso del país en general, tanto una efectiva gratitud como una atención y una protección constante.

Quiero señalar como cosa afortunada que ha venido a resolver un gravísimo problema de comunicaciones y cuya puesta en servicio ha representado un señalado beneficio para la provincia, puesto que ha permitido la creación de líneas directas de viajeros, especialmente por lo que se refiere a «charter». La mejora de todas las carreteras principales, además de la construcción de las autopistas, su puesta también en consideración e a este mejoramiento de las comunicaciones provinciales que habrá de ser coronado algún día con la mejora a fondo, también, de las carreteras de segundo y tercer orden, modificación de curvas y ampliación de puentes en el interior, de que se necesitaba se está junto a todo ello, considero fundamental la ordenación del tráfico por el interior de la ciudad de Gerona, dotándola o situándola a niveles elevados.

Me complace sobremanera que D. DAMIÁN DE GERONA haya tenido la feliz iniciativa de dedicar uno de sus números extraordinarios a Gerona, cuya belleza natural no me cansaría nunca de alabar, y a la que emprendí a conocer hace muchos años y que he de confesar, ruborizado, que aun no conozco del todo, y como ella se merece, sobre todo desde la inna-

la corteza de los propios gerundenses, cuyo carácter franco, humanismo e inteligente es notorio y que ha dado innumerables poetas, literatos, artistas, filósofos, ingenieros, científicos, los cuales le han dado justa fama más allá de nuestras fronteras.

País limpio y claro, herido por la tramuntana que avienta al orgullo, tiene un atractivo tal que cuando le conocen sólo un poco, ya no pueden sustraerse a su encanto, pues el país les ha hecho suyos. Esto es lo que me ha ocurrido a mí y sea esta afirmación mi mejor homenaje a Gerona y a los gerundenses.

Una de las grandes virtudes periodísticas de Miguel Mateu fue la de no imponer su criterio aunque lo creyera acertado y hasta preciso. Los grandes promotores de periódicos, siempre dudan al decidir, por que saben que trabajan sobre una masa viva, con sangre, con cerebro, con nervios. El que impone su afán, fracasa. Necesita ese temple, aquella suave energía, un cierto sentido de la percepción, que le lleve al contraste sin soberbia y sin ira. El lector es vario, vive su alma, cree en su razón. Llevarle es muy difícil. Pocos hombres hay que sepan hacerlo. Quizá con tres nombres, hayamos completado el censo del último medio siglo: dos son catalanes; uno Miguel Mateu.

Miguel Mateu Pla — ahora el apellido materno adquiere plenitud — tenía el catalanismo de un gran español, la fé de un sobrino de santo, la serenidad heredada del padre que supo bien caminar, y sus cualidades propias. Entre ellas algo que es muy raro encontrar en hombre de su cuna: la humildad. Tanta humildad que preguntaba a quien podría responderle, sobre cuestiones que se presentaban a su decisión.

Hizo, recompuso, vitalizó el «Diario». Con esfuerzo, con equilibrio, quizá alguna vez como un deber. Y le vio pasar con su escudo legendario que en una fecha era difícil imprimir, de los dos mil ejemplares a cientos de millares. Y trabajó en su despacho de Angeles, como si quisiera dejar el de Muntaner, a quienes llevaran la diaria responsabilidad.

Que recuerde el gacetillero, no más de cinco veces apareció la firma de Miguel Mateu en las páginas de «Diario de Barcelona». Quizá no fueran tantas. Ocasiones decisivas en lo nacional, empujaron a ello. El seudónimo fue más constante y si no lo transcribimos es por respeto a quien lo hizo suyo y tras de sus velos quería esconderse. Cuando consideraba necesario decir

algo que importara a Barcelona, a Cataluña o a España, ponía su pluma en la cuartilla. En la cuartilla, que es el elemento natural de trabajo del periodista.

Tenía una prosa fácil, clara, sencilla: prosa periodística en la que sobran sinónimos y enredan párrafos largos que embrollan los conceptos. Miguel Mateu sabía que para llegar al lector había que escribir directamente, como si conversara con él, sin buscarle inconvenientes y facilitándole la comprensión. No tuvo necesidad de Escuelas ni de Títulos, por que llevaba dentro el periodismo militante, aunque no fuera periodista profesional, porque sus circunstancias vitales eran otras.

Los cargos públicos que desempeñó — alcalde en la Liberación, Embajador en el final triunfalista de la guerra en Francia — los llevó al aire de un gran periodista que practica en carne viva sus teorías literarias y políticas. Y seguramente muchos de sus amigos y lectores, no se dieron cuenta de esta capacidad. Recuerdo sus «notas» a Madrid o a París, en 1945: eran editoriales justos, medidos, sinceros y amargos, que ponían en relieve una situación muy espionosa.

Al fin le hicieron «Periodista de Honor». Quizá le llegara el nombramiento por haber salvado y sostenido el «Diario»... Los periodistas del «Diario» lo pusimos a la cuenta del compañero que con pasos medidos y firmes, daba cuando debía darlo, sentido y medida a una política que sostenía al periódico en primera línea.

De las distintas facetas de Miguel Mateu, quizá sea esta la más desconocida. Posiblemente la mejor sentida por él. Que tuvo hasta sus caídas y desesperanzas.

Las tuvo Jesús en su Calvario.